

del oro, la plata y las piedras preciosas, hasta el ébano y el marfil.» Esto indica el interés que por el arte se tomaban los más elevados personajes. Las obras de orfebrería y vidriería y las porcelanas de Egipto fueron estimadísimas durante toda la antigüedad.

La cerámica ó porcelana egipcia, casi monócroma, era barnizada con un esmalte azul verdoso, con el que dibujaban hábilmente en platos y vasos las figuras de palmas, lotos y otras flores que llenaban todo el campo. Los griegos estimaban mucho los pequeños vasos egipcios de esta porcelana, que á veces tenían formas de animales. Dos de ellos, encontrados en la colonia griega de Empurias, en España, se custodian en el Museo de Gerona (fig. 139). Eran también habilísimos los egipcios en la metalurgia, y desde muy antiguo conocieron y trabajaron el hierro. La ligereza de sus obras puede comprenderse por un carro egipcio de batalla, encontrado en una tumba de Tebas y hoy día en el Museo Arqueológico de Florencia (fig. 140).

RESUMEN.— La única colonia del Egipto, la Nubia, ó sea el valle superior del Nilo, está llena de edificios que no son exactamente iguales en disposición á los del Egipto propiamente dicho: ó bien están excavados en la roca, ó forman cámaras rodeadas de columnatas y pilares, que dejan un pórtico en sus cuatro fachadas. Los templos labrados en la roca se llaman *speos* y los mayores son los de Ipsambul. Como templo rodeado de pórticos el más antiguo conocido es el de Elefantina; otros hay en Meroe, la capital de la Nubia. Un postrer renacimiento del Egipto tuvo lugar bajo las dinastías llamadas *saitas*, que tienen en Sais la capital. Sus obras más importantes que se han conservado son los templos y edificios de Philae. La escultura, dotada de gracia aristocrática, representa con sumo refinamiento los tipos antiguos.

El Egipto tuvo desde los primeros días de su antiquísimo imperio un estilo bien característico en sus artes industriales. Las joyas con esmaltes son bellísimas, como también los muebles, los marfiles y las armas. Su cerámica era una porcelana esmaltada de color azul, que los fenicios y griegos llevaron á todas las regiones del Mediterráneo.

BIBLIOGRAFÍA.— Sobre la Nubia. HOSKINS: *Travels in Etiopia. Meroe*, 1836.— MASPERO: *Restauration des temples immergés de la Nubie. Service des Antiquités*, 1907-1910. *Archeological survey of Nubia*, 1908.— Sobre los templos de Meroe. GARNSTANG: *University of Liverpool. Arch. Institute. Annual meeting*, 1910.— Sobre Philae, véase: *Description de l'Egypte*, vol. V.

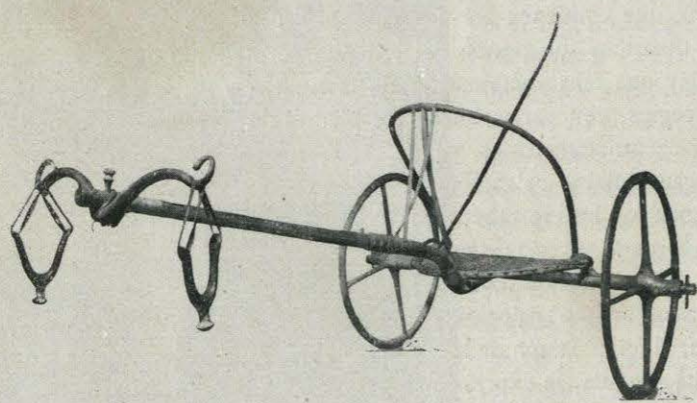


Fig. 140.— Carro egipcio. (Museo de Florencia).



Fig. 141.— Excavaciones de Sírula. (Sarac-Heuzey).

CAPITULO VI

ORÍGENES DE LA ASIRIOLOGÍA.— ARTE CALDEO.— CONSTRUCCIONES DE BABILONIA.

U nos cincuenta años atrás (precisamente antes de 1843) no se conocían otras fuentes históricas de los antiguos imperios del Asia que las repetidas maldiciones de los profetas hebreos contra Nínive y Babilonia. Nínive, la capital de los monarcas asirios, *la caverna de los leones*, era ya un montón vastísimo de ruinas cuando Jenofonte, con sus diez mil, atravesaba el Asia. Babilonia, la metrópoli caldea, medio destruída, provocaba la admiración de Herodoto, que transmitía á la posteridad la leyenda fantástica de sus edificios, con sus templos y jardines, puertas y murallas. Estrabón la encuentra ya casi desierta, pero nunca se perdió, como de Nínive, la noticia de su emplazamiento. Los ladri-

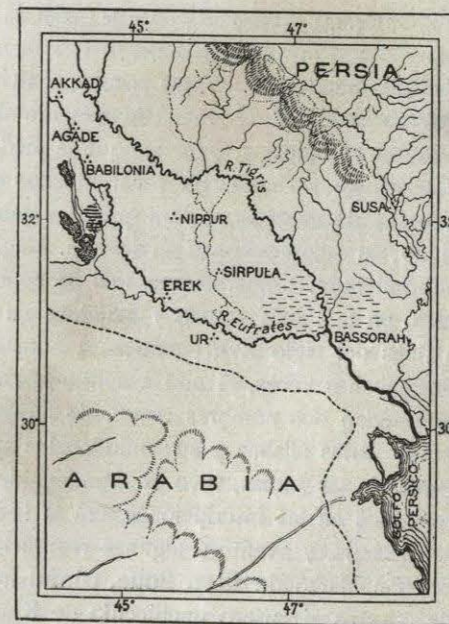


Fig. 142.— Ciudades antiguas de Caldea.

llos con inscripciones cuneiformes de la antigua Babilonia, servían á los habitantes de Bagdad para construir sus viviendas, y á lo lejos, en el desierto inmenso que cruza el Eufrates, se distinguía aún la montaña artificial de Babil, que había sido la gran pirámide del templo de Belo.

El conocimiento de la historia del Egipto dió alguna luz sobre las dinastías asirias y los pueblos caldeos, que habían tenido relaciones con el imperio faraónico. Pero cincuenta años atrás no habían llegado á Europa más que algunos pequeños relieves y esculturas, procedentes de Asiria y traídos al comercio de las antigüedades por los mercaderes de las caravanas que atravesaban la Mesopotamia. Niebhur fué el primero que comprendió la labor colosal que nos tenían reservada los antiguos imperios de Asia. « ¡Preparad los caminos, — decía

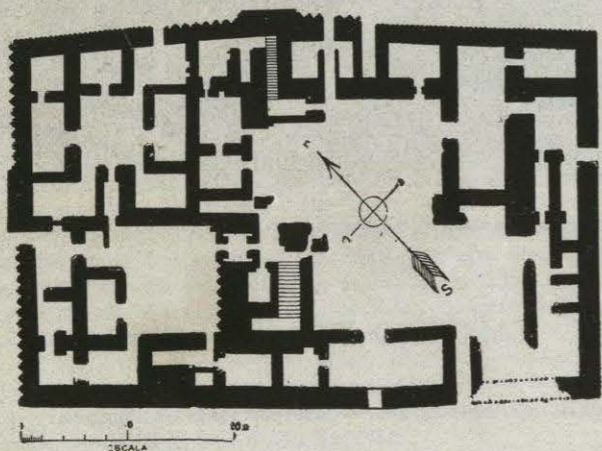


Fig. 143. — Plano del palacio de Gudea, en Sirpula.

en 1829, — porque se presenta un manantial de estudios inagotable! Surgirán nuevos Champolliones para las lenguas de Asiria; acaso nuestros hijos logren ver descifradas las escrituras cuneiformes.» Las escrituras cuneiformes, llamadas así porque sus signos silábicos están formados con dibujos combinados en forma de cuña, son anteriores al descubrimiento del alfabeto por los fenicios, y fueron la caligrafía diplomática é internacional del Oriente. Su desciframiento no fué tan fácil como el de los jeroglíficos egipcios, para los que la piedra de Rosetta dió una clave trilingüe valiosísima; tuvieron que pasar muchos años de estudios incesantes, de polémicas y de conjeturas para poder establecer poco á poco el valor de cada signo, su significación y su lectura. Hagamos una ligera historia de los descubrimientos: primeramente sólo se conocían las inscripciones grabadas en la roca, en la Persia actual, y fijándose en ellas un joven profesor dinamarqués, á fines del siglo XVIII, empezó á notar la presencia de dos nombres repetidos muchas veces, el uno á continuación del otro, ambos cortos, que supuso que serían dos nombres reales, de Jerjes y su padre Darío. Esto permitió conocer varias sílabas y su sonido. Más tarde Rawlinson, delegado de la Compañía de las Indias, tuvo la intuición de que una serie de nombres también repetidos en las inscripciones, era la lista de las provincias ó satrapías sujetas á la Persia, y aventuró algunas restituciones de su sonido.

En Marzo de 1843, Botta, cónsul francés en Mossul, enviaba una brigada de obreros al mísero pueblecillo de Khorsabad, donde creía descubrir las ruinas de Nínive. Khorsabad no era más que el palacio de Sargón, el Versailles

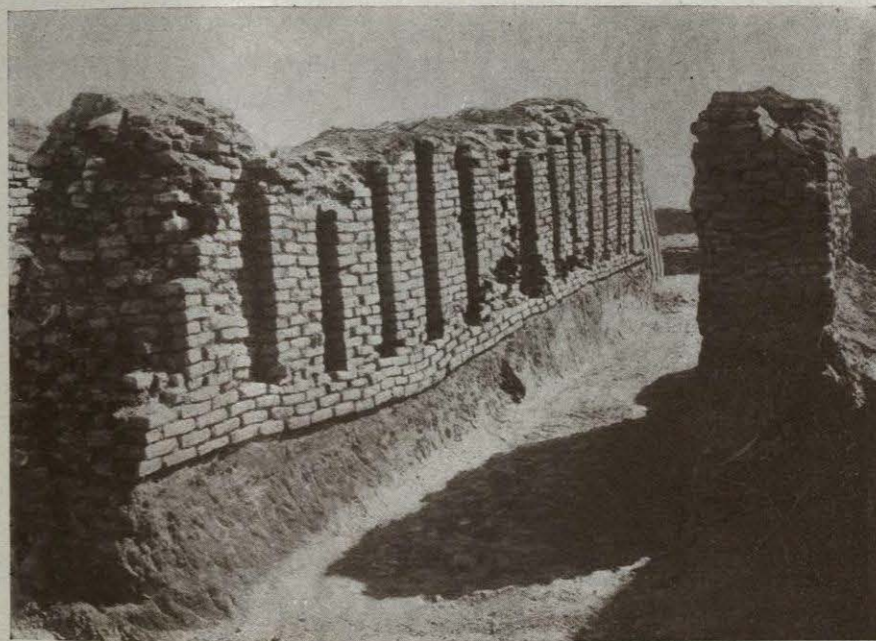


Fig. 144. — Fachadas del palacio de Sirpula, con sus paramentos estriados. (Sarzec-Heusey).

asirio, construído en las afueras de Nínive por el terrible conquistador, aunque Botta creyó siempre que las ruinas de Khorsabad eran las propias ruinas de la capital. El libro espléndido que publicó, auxiliado por el gobierno francés, con dibujos admirables de Flandrin, produjo en Europa el efecto de una revelación. En él aparecía un mundo nuevo, que no tenía nada que ver con la antigüedad griega y romana, y mucho más sensacional todavía que el viejo Egipto, del que entonces se empezaba á descorrer el velo.

Anticipándose á la publicación de los descubrimientos de Botta, el Museo Británico comisionó á un gran conocedor de aquellos países, á M. Layard, para que prosiguiera la obra iniciada por los franceses. Layard publicó los resultados de sus diversas exploraciones en un libro de altísima curiosidad, lleno del más romántico interés, en que describe pintorescamente sus relaciones con los magnates turcos y árabes, sus correrías por el desierto, las noches pasadas en el campamento, mezclado todo ello con los nombres de Sargón, Salmanasar, Assurbanipal, los antiguos monarcas asirios, que había aprendido á evocar en las ruinas de sus construcciones. Layard exploró principalmente la masa de ladrillos, tierras y escombros conocida con el nombre de Kuyundjick, donde se escondían los verdaderos palacios de Nínive.

Descifrando sus inscripciones, Layard y Botta se aventuraron á leer algunos nombres reales; no obstante, aunque faltaba lo que podríamos llamar el diccionario y la gramática asirias, que habían de precisar el significado de cada palabra, la serie del valor de los signos fué poco á poco completada, facilitando el descubrimiento el parentesco de esta lengua semítica con el hebreo y el árabe.

Los ingleses sostuvieron por mucho tiempo una comisión en Kuyundjick y

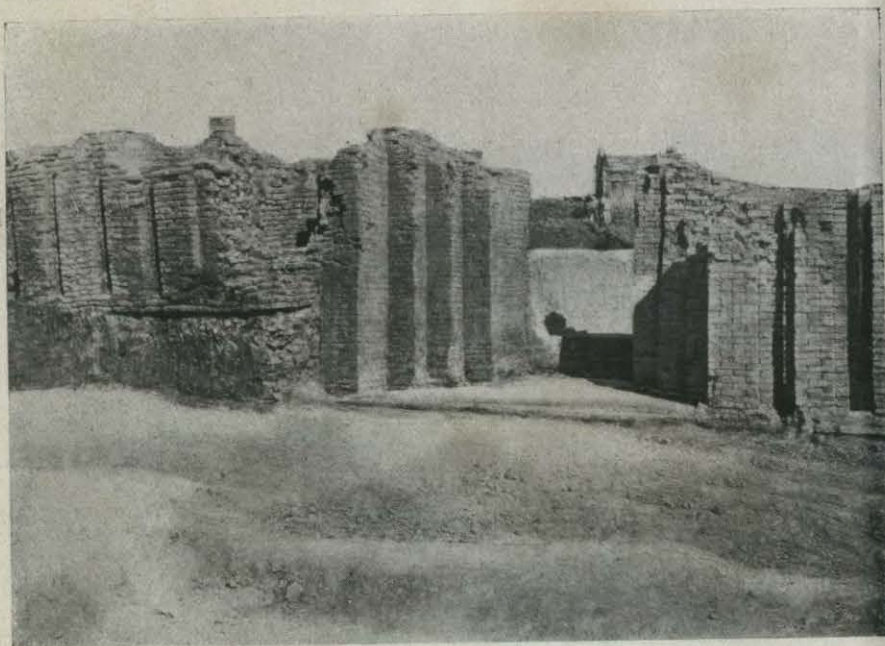


Fig. 145. — Una puerta del palacio de Sírputa. (Sarzec-Heuzey).

la obra de Layard fué continuada por Rassam, aunque sólo con el fin de extraer de allí todo lo que se pudiera trasladar al Museo de Londres. Las exploraciones se hicieron sin criterio arqueológico, y sin levantar más tierras que las indispensables para arrancar los objetos. En cambio, Francia proseguía su labor en Khorsabad con verdadero espíritu científico: se expropiaban las miserables casuchas que los árabes habían construído en la plataforma de las ruinas, se reconstruía el pueblo de Khorsabad, al pie del montículo, y se despejaban los escombros, para poner al descubierto la planta total del gran edificio de Sargón. Entretanto, Botta había muerto y el gobierno francés le había substituído por otro agente consular expertísimo en estas investigaciones arqueológicas, Víctor Place, el cual, auxiliado por el arquitecto Thomas, publicó también una obra monumental, digno complemento de la de Botta y Flandrin.

Desgraciadamente, la mayor parte de los relieves de Khorsabad, que se trasladaban al Museo del Louvre, se perdieron en el camino; al ser transportados, tenían que bajar por el río hasta Bagdad, y de siete grandes armadías que formaban el convoy, cuatro se sumergieron con su precioso tesoro. Esta es la causa por qué el Museo del Louvre es más pobre que el Museo Británico de esculturas asirias; cuando hablaremos de los relieves de los palacios ninivitas, al Museo de Londres iremos á buscar los materiales; en cambio, en los libros franceses de Botta y de Place encontraremos los datos inestimables de aquellas construcciones, de sus elementos arquitectónicos, formas y materiales, porque todavía hoy Khorsabad, la residencia de Sargón, es el único edificio asirio que ha sido estudiado por completo.

Mientras tanto, la profecía de Niebhur se había realizado; centenares de relieves, con escenas las más expresivas del arte y de la vida del pueblo asirio,

todas ellas recubiertas de escrituras cuneiformes, llenaban los museos; á copia de esfuerzos asombrosos, se empezó á comprender su significado; aparecieron bibliotecas enteras, cilindros con las crónicas de las campañas reales, al lado de tabletas con simples silabarios, como para ayudar á aprender á leer; y además, series de nombres con sus equivalentes en otras lenguas primitivas de la caldea, que ya no eran semíticas y que los escribas asirios tenían dificultad en comprender.

Estableciendo una cronología, advirtiéndose entonces que el imperio ninivita era relativamente moderno, que había empezado sus conquistas á mediados del siglo xv antes



Fig. 146. — Una bóveda de Sírputa. (Sarzec-Heuzey).

de J.C., cuando ya el Egipto llegaba á la decadencia. Los textos asirios hablaban de la vieja Babilonia, la metrópoli religiosa del Oriente, y de su antigüedad; de Susa y de su imperio elamita, de Erech, de Akkad y su antiquísimo imperio akadiano (fig. 142). Todas estas ciudades tuvieron sus días de gloria antes que Nínive levantara la cabeza, y más tarde, en plena dominación asiria, la confederación de las ciudades caldeas molestaba constantemente con sus revueltas á los ejércitos ninivitas. Un deseo vivísimo de conocer la antiquísima Caldea se apoderó de los orientistas: comprendíase que allí debió estar el origen del arte y la civilización del Asia. León Heuzey explica cómo Longperier, moribundo, se levantó del lecho para contemplar las primeras obras del arte caldeo que llegaron al Museo del Louvre; porque para la Caldea, como para la Asiria, era también Francia la que debía dar el primer paso. He aquí la historia de los primeros hallazgos.

Otro agente consular francés, M. de Sarzec, establecido en Bassorah, en el golfo Pérsico, cerca de la desembocadura del Eufrates, había explorado una vetustísima ciudad en el sitio hoy denominado Tello, la cual, en su época de esplendor, llevaba el nombre de Sirtella ó Sírputa. Después de varias fatigosas campañas de excavación, en aquel clima palúdico de la Baja Caldea, por los años de 1877 á 1881, M. de Sarzec regresó á Francia con un botín espléndido de estatuas y relieves, que adquirió el Museo del Louvre, indemnizándole los gastos hechos y protegiéndole luego el gobierno para que, ayudado por León Heuzey, publicara la historia de sus descubrimientos. Los primeros conocimientos de la Caldea comprobaron lo que ya se había adivinado anterior-



Fig. 147. — Tableta de Gudea y sus hijos.

la orientación. Al invierno húmedo de Caldea sigue una corta primavera, en la que las hierbas crecen y se secan rápidamente; durante el tórrido verano las aguas se retiran y los rebaños vagabundos tienen que roer los tallos de las cañas, única vegetación que subsiste en aquel desierto. En toda época del año la exploración arqueológica no puede ser más difícil, viviendo en continua alarma de pillaje, aun por parte de los mismos obreros, que esconden lo que ven aparecer y suponen que puede tener algún valor. Protegido por la amistad personal de un jefe árabe casi independiente, Sarzec pudo hacer excavar, con relativa calma, las ruinas de Sírputa, siendo de lamentar únicamente que no tuviera á su lado un colaborador arqueológico para anotar mejor las singularidades de las diversas capas que iban quedando al descubierto. Por las esculturas llenas de inscripciones y las tabletas de Sírputa, aportadas por Sarzec, se ha podido reconstruir la historia de una ciudad caldea desde época anterior al año 3758 antes de J.C., fecha calculada por algunos datos sincrónicos de otras inscripciones de Babilonia. Esta antigüedad del arte caldeo es lo que le da su principal valor; como en el Egipto, retrocedemos millares de años sin hallar aún el origen, y lo mismo que en Egipto, el estilo y la técnica aparecen casi perfectos en los tiempos más remotos.



Fig. 148. — Tableta de Gudea.

En Sírputa, como ocurrirá siempre en Caldea (y veremos también en Asiria), el principal edificio descubierto fué el palacio real ó castillo del príncipe. Mientras que en Egipto toda la preocupación de los Faraones estribaba en construirse una tumba, para los monarcas asiáticos la gloria de su reinado se manifiesta levantando un nuevo palacio sobre las ruinas terraplenadas del que habitara su antecesor. Esta costumbre del Oriente de no despejar el área de sus construcciones, edifi-

mente, esto es, que la Asiria no había hecho más que copiar; su arte, como su escritura y religión, eran puras derivaciones caldeas.

Más abajo de la Asiria, siguiendo siempre con sus dos cauces paralelos, el Eufrates y el Tigris penetran en el delta caldeo, llano uniforme de aluvión, sin otras siluetas en el horizonte que los taludes de sus secos canales, que sirven hoy de camino á los nómadas miserables, cuando las tierras se inundan y se pierde todo concepto del lugar y de

cándolas invariablemente sobre los escombros de las precedentes, complica muchísimo la exploración arqueológica, por la superposición de plantas que se encuentra en las diversas capas de las ruinas. Los constructores orientales no vacilan tampoco en atribuirse la pertenencia de edificios que no han hecho más que restaurar, modificando á su capricho las inscripciones conmemorativas de la erección. Por esto hace falta gran cautela para atribuir á una época determinada la fábrica de un monumento que presente señales de diversas etapas constructivas.

El palacio real de Sírputa, explorado por Sarzec, presenta también capas antiquísimas en sus cimientos, pero sufrió una total reedificación en tiempos de un celoso príncipe arquitecto llamado Gudea, quien debió vivir hacia la mitad del cuarto milenario antes de J.C. Este famoso monarca del pequeño estado que formaba Sírputa en la desembocadura del Éufrates, fué, según se deduce de las inscripciones, un soberano pacífico, pues sólo una vez se alaba de un triunfo militar, á diferencia de sus belicosos antecesores. Gudea embellece ó reconstruye piadosamente el templo del dios local Nin-Girsu, el tribunal de los *Cuarenta* y otros edificios públicos, que Sarzec creyó descubrir en las montañas de escombros que rodean al castillo señorial (fig. 141). Pero éste

es el único monumento arquitectónico que las excavaciones repetidas de Sarzec pusieron al descubierto. El palacio estaba levantado sobre un terraplén de ladrillo, que tiene una altura de doce metros; así serán también, como veremos después, los edificios de Nínive, construídos según esta tradición de la Baja Caldea. Una plataforma elevada era en Caldea tanto más indispensable por el bajo nivel del suelo, expuesto á la inundación, y sobre el que convenía hacer destacar el edificio para darle alguna monumentalidad. La planta del palacio está dividida en tres grupos de habitaciones, que se pueden comparar, por sus usos, á las de un palacio árabe actual: son el *harén*, ó habitaciones reservadas de la familia; el *selamlick*, para los criados y usos comunes, y las salas de recepción, al otro lado del gran patio que domina el templo, en forma de pirámide escalonada. Todo el edificio está construído de ladrillo y tiene una forma que no es exactamente rectangular, sino que recuerda los llamados *bariletes* babilónicos, que eran como cilindros achatados con inscripciones cuneiformes (fig. 143). Este ensanchamiento hace pensar en un sentido místico de aquella forma, y en el prestigio religioso de los números y medidas se advierte la superstición de las combinaciones numéricas, que aparece ya en el palacio de Gudea, en Sírputa, y que después dominará en las construccio-

Fig. 149. — Gudea de pie.
(Sarzec-Heusey).



Fig. 150.—Estatua de Gudea, llamada *del Arquitecto*.
(Sarzec-Heusey).

nes babilónicas. Las paredes del edificio no son lisas, sino que tienen grandes ranuras verticales paralelas, como gigantescas estrías, que veremos también en las construcciones asirias y que son motivo de decoración exterior de los edificios árabes hasta en plena Edad media (figuras 144 y 145). Allí, en las tierras bajas de Caldea, aparecen ya, cuatro mil años antes de J.C., elementos y formas constructivas de que el Oriente no se apartará nunca y podremos ver evolucionar en el curso de la historia; así, por ejemplo, la cerámica esmaltada, que pasando de los persas á los árabes, llega á nuestras *rajolas* valencianas y á las *fayences* del Renacimiento. Se comprende que este pueblo de alfareros caldeos puso empeño en encontrar alguna manera de enriquecer sus rudimentarios ladrillos. De aquí, pues, el invento de los esmaltes vidriados, que son la más legítima gloria de la cerámica oriental, originaria de aquellas bajas regiones del Éufrates donde el Asia empezó á dar vida á la primera civilización histórica. Oppert había encontrado ya en las ruinas de Varka (otra ciudad caldea) el basamento del templo decorado con ladrillos piramidales de diferentes colores. El esmalte aparece sólo en la cara que mira al exterior; la pirámide, que se introduce en el seno de la construcción, es de arcilla sin esmaltar. El conjunto forma un dibujo geométrico, interesante por su repartición en fajas verticales.

Otra forma originaria del Oriente es la bóveda, consecuencia natural de la construcción en ladrillo (fig. 146). El Egipto conoció y aplicó algunas veces el arco y la bóveda, pero allí no eran tan indispensables, gracias á los grandes sillares de piedra, que podían servir de dintel y con los que se cubrían las áreas inmensas de las salas hipóstilas de los templos. En cambio, en Caldea, donde se carecía en absoluto de piedra y hasta de vigas de madera, en aquellos bajos pantanos del delta del Eufrates, el hombre tuvo que ingeniarse y llegar á la feliz invención de la bóveda para cubrir sus viviendas y las salas de sus palacios. En las construcciones privadas, sin importancia, se comprende que la cubierta, tal como se ve todavía en las casas de Oriente, debía estar formada por tallos de cañas ó troncos de palmera, sobre los que se apisonaba el hormigón de barro. En los edificios más importantes, y también en los conductos de desagüe del interior de los grandes terraplenes que les sirven de basamento, aparece la bóveda, con sus ladrillos formando cuña.

Un mortero peculiar de Caldea, en lugar de argamasa, fué el betún, cuyos pozos abundan en la región. La Biblia nos ha conservado el recuerdo de esta construcción primitiva de la Baja Mesopotamia. «Venid, hagamos ladrillos y cozámoslos al fuego,» dicen los constructores de Babel, y añade el *Génesis*: «Y se sirvieron de ladrillos en lugar de piedras, y de betún en vez de argamasa.» Así, pues, M. de Sarzec, al explorar el palacio real de Sír-pula, encontró las hiladas de ladrillo aplicadas sobre un lecho espeso de betún; en otras partes los ladrillos estaban dispuestos en capas alternadas, una sobre betún y otra sobre una especie de mortero pobre, sin cal, de barro desleído.

Vista la construcción y la decoración de este precioso ejemplar de monumento real de Sír-pula, falta echar una ojeada de conjunto sobre el edificio. Allí, en lo alto, sobre el montículo de una plataforma de ladrillo, domina el llano; ninguna ventana se abre al exterior; en cambio, en cada fachada hay, por lo menos, una puerta; una hilera de almenas debía servir de parapeto á la terraza superior del edificio. En el interior había tres patios, uno de ellos principal, donde se levantaba la pequeña pirámide, como el templo doméstico de Gudea, y donde se encontraron las magníficas estatuas de que hablaremos más adelante. Todas las habitaciones reciben luz sólo por la puerta, lo que es también propio de la Asiria; la luz intensa de Oriente penetra tamizada por el grueso de la pared. Allí el príncipe y sus servidores, rociadas previamente las paredes para refrescar la temperatura, procuran mitigar el calor enervante del verano. Aún hoy, las casas de Oriente tienen una habitación oscura, llamada *serdab*, subterráneo á modo de bodega, donde se encierra toda la familia durante las horas de más calor. Por las noches las terrazas sirven para dormir, respirando la suave brisa que sopla bajo el cielo estrellado. En aquellas tierras desoladas del delta caldeo tuvo, pues, origen, según vemos, la bóveda, con sus complicaciones constructivas; y allí nació también la cerámica vidriada, para revestir las paredes de ladrillo de los grandes edificios construídos sobre basamentos monumentales.

Después de Sarzec, la excavación de Sír-pula fué continuada por el capitán Cross, quien ha despejado el área de los montículos vecinos, donde estaban los otros edificios públicos, ninguno tan importante como el palacio real.



Fig. 151.—Cabeza rapada de Sír-pula.
(Sarzec-Heusey).



Fig. 152.—Cabeza llamada del Turbante.
(Sarzec-Heusey).